

## **Poesía y cuerpo** **Por Cecilia E. Collazo**

Cada vez que se lee una poesía, todo el tiempo en su sentido transcurre un vacío, uno que no puede ser nombrado por estructura, que se bordea, ese borde se escribe con palabras. Pero está la grieta, la hendidura de quien escribe el poema, tras el sentido dicho en él. Es por ello que, a diferencia de los textos narrativos o de los cuentos y de las novelas, la poesía es ruptura, hace fisura en el decir, en tanto es reveladora de esa grieta, rompiendo con el sentido imperante.

Diana Bellesi nos dice que la poesía está en la vida y en el cuerpo del poeta.

Si leemos *Escribir* de Marguerite Duras, que logra ser un ensayo sobre qué significa para ella la escritura, encontramos la referencia al cuerpo, dice que no se puede escribir sin la fuerza de éste.

Transcribo la frase: “Uno se encarna. No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo. Para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe. Es algo curioso, sí”.<sup>1</sup>

Cuerpo y escritura están ligados, no pueden separarse. Hay una sustancia significativa y una sustancia gozante, es decir, de goce. El cuerpo es una sustancia gozante cosida por la palabra.

Mi hipótesis es que mientras el ser hablante tiene un cuerpo, el poeta se inventa uno o se lo reinventa con la artesanía de la letra. Se sostiene en un cuerpo hecho de palabra escrita. ¡Eso es un poeta!

Octavio Paz, poeta y ensayista mexicano (1914-1998), nos decía sobre la relación del cuerpo y aquella en su poema titulado “La Poesía”:

“...Golpean mi pecho tus fantasmas,  
despiertas a mi tacto,  
hielas mi frente,  
abres mis ojos.

Percibo el mundo y te toco,  
sustancia intocable,  
unidad de mi alma y de mi cuerpo,  
y contemplo el combate que combato  
y mis bodas de tierra”.<sup>2</sup>

Es por ello que la poesía es un fenómeno del cuerpo, no es metonimia, como puede tener su raigambre el cuento o la novela. Sin despreciarlos son otra cosa, la

poesía es un acontecimiento del cuerpo, lo hace vibrar, lo toca, lo emociona en un solo impacto, con su música o con su tedio, pero de todas maneras hace resonancia en él.

Pensando en la resonancia del cuerpo, en la última enseñanza de Lacan, donde la pulsión queda ubicada entre el saber y el goce, podemos escuchar allí que lo que resuena es lo libidinal, lo que le aporta vida, lo vivifica. Es en este sentido que la poesía transgrede un orden establecido, rompe con el lenguaje como común denominador que se usa para la comunicación social. Hace mella, deja huella, marca, horadando ese lenguaje comunicativo. Es más, puede que no comunique nada, o que rompa con la comunicación social. Por eso, no se puede explicar una poesía, se puede decir qué recursos utilizó el poeta tanto retóricos como técnicos para escribirla, se puede encontrar la metáfora en cuestión, incluso la intención poética de su autor, pero no se puede explicar la causa de esa poesía y el motor que produjo ese poema, su por qué, ni el vacío que anida en su texto. No hay explicaciones de esas profundidades subjetivas.

La poesía es la fuerza del cuerpo hecha palabra, escrita en letras, es pura pulsión, como concepto borde entre el lenguaje y el goce.

Octavio Paz en una comparación sobre el erotismo y la poesía, decía: “El primero es una metáfora de la sexualidad, la segunda una erotización del lenguaje”.<sup>3</sup>

La poeta Patricia Díaz Bialek nacida en Buenos Aires (1962), escribe “Aigualava”, el poema que se encuentra en el libro del mismo nombre:

“Aigualava cae de mi sexo.  
Aguafuerte de químicos poderes.  
Agua de prisión desmedida.  
Agua de pequeña prostituta subterránea.

Aigualava cae de mi sexo.  
Pintado artilugio de mis labios.

Aigualava aguaceite en borbotón de ñeja ingle/  
carcomida.  
Aigualava aguaceite de espejo puntapié en caída libre.  
Aigualava en queja de paracaídas.  
Aigualava en frotación constante.  
Aigualava por vos mi amor de veinte identidades.

De a sorbos te ofrezco mi agualava paraíso.  
Mi rocío de muslo disgregado.

Yo te ofrezco mi dulce artimaña de gacela.  
Mi amague de nudo.

El ardor de mi ojo de circo.  
O el timbal de cópula en permanencia.

Gruta áspera de pico que penetra  
la púrpura pluma de aire cuando gozo.

Agualava y su fluir en cauce anónimo.  
Agualava y su tambor en talle de gladiolo.  
De gorjeo.  
De gruta acorazada.

Agualava por vos mi amor de quince abrazos.  
Agualava aguapéndulo de piedra para ser fundida en/  
franja de furia”.<sup>4</sup>

No se puede escribir este poema sin la fuerza del cuerpo, ¡no se puede!

En *Embrillos del cuerpo*<sup>5</sup> que es un texto compilado por Jacques -Alain Miller y en el cual participan otros analistas contándonos sus trabajos, aquel nos deja muy en claro qué es un fenómeno del cuerpo. Para ello relee *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, especialmente las clases de alienación y separación, donde podemos ubicar las siguientes coordenadas: en la alienación, donde encontramos un  $S_1$  y un  $S_2$ , este último toca al  $S_1$  y allí entonces se produce un sujeto barrado entre esos dos significantes, Miller en esta operación ubica a la forclusión. Y la separación, que se describe entre el sujeto barrado, obtenido de la operación de alienación anterior, y el gran Otro barrado, tienen entre sí una zona en común compartida a la que se le denomina lúnula, que contiene al  $a$  pequeño, es decir al objeto  $a$ . Miller dice que en la separación están los fenómenos del cuerpo, que esos fenómenos emanan de una pulsión que no está domesticada. Define entonces a los fenómenos que tiene el cuerpo como la pulsión que pasó a lo real.

No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo, dice M. Duras. Es decir que en la escritura esa fuerza, esa pulsión que traspasa lo real, está presente. Podríamos decir entonces que la escritura es un fenómeno del cuerpo. Claro que no cualquier tipo de escritura, está aquella que es metonimia incesante que hace cadena de significante a significación para llegar a un resultado en palabra y nada más, y otra escritura que sale del hueso, del carozo, de los pies, de las entrañas mismas de quien escribe.

De esta articulación, y de la poesía de los poetas que hacen recurso a la pulsión que traspasó lo real, encontramos el poema como una manifestación de un fenómeno del cuerpo, del cuerpo de quien escribe, del poeta que hace con sus palabras un cuerpo de escritura, un cuerpo-letra, que expresa sus pulsiones en un decir.

Entonces podemos decir que la poesía, en tanto tal, es un fenómeno del cuerpo, es pulsión que pasa a lo real, diría, que traspasa a lo real.

---

<sup>1</sup> Duras, M., *Escribir*, Tusquets Editores, Bs. As., 2006, p. 26.

<sup>2</sup> Paz, O., fragmento de "Poesía", *Libertad bajo palabra*, Letras Mexicanas-Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

<sup>3</sup> Paz, O., "La llama doble", *Amor y Erotismo*, Seix Barral, Barcelona, 1993.

<sup>4</sup> Díaz Bialet, P., "Agualava", *Agualava*, Atuel, Bs. As., 2009, pp. 13-14.

<sup>5</sup> Miller, J.-A., *Embrollos del Cuerpo*, Paidós, Bs. As., 2012.